

Esta es una pequeña muestra
del libro *Atesorando a Cristo*
cuando tus manos están llenas.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2018 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

ATESORANDO A CRISTO

CUANDO TUS MANOS ESTÁN LLENAS



meditaciones sobre el evangelio para madres ocupadas

~ GLORIA FURMAN ~

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#AteorandoaCristo

Ateorando a Cristo cuando tus manos están llenas

Meditaciones sobre el evangelio para madres ocupadas

Gloria Furman

© 2018 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *Treasuring Christ When Your Hands Are Full: Gospel Meditations for Busy Moms* © 2014 por Gloria Furman. Publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers; Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1986, 1999, 2015, por Biblica, Inc. Usada con permiso. Las citas bíblicas marcadas con la sigla NBLH han sido tomadas de *La Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy* © 2005, por The Lockman Foundation; las citas marcadas con la sigla RVC, de *La Santa Biblia, Versión Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011, por Sociedades Bíblicas Unidas.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-944586-68-3

SDG

*Dedicado a mi madre,
Catherine*

CONTENIDO

Introducción: <i>Sella la eternidad en mis ojos</i>	11
PARTE 1	
DIOS HIZO LA MATERNIDAD PARA SÍ MISMO	
1. Manos llenas de bendiciones	23
2. Dios muestra Su obra a través del instinto maternal	31
3. Cerebro de madre	43
4. La mejor tradición familiar: Siempre necesitamos la gracia de Dios	53
PARTE 2	
LA MATERNIDAD COMO ADORACIÓN	
5. El “llamado a adorar” de una madre	61
6. El amor de una madre	71
7. Mamá no siempre sabe lo que es mejor	81
8. Las buenas noticias y los días difíciles como madre	89
9. El premio ficticio a la “madre del año”	97
10. Las madres son débiles, pero Él es fuerte	109
11. La metanarrativa de la maternidad	117
Conclusión: <i>La fuente de paz para toda madre</i>	127
Reconocimientos	133
Notas de texto	135
Índice de las Escrituras	139

INTRODUCCIÓN

SELLA LA ETERNIDAD EN MIS OJOS

Mis manos ya estaban llenas cuando estaba embarazada de nuestro primer hijo.

Estaban llenas de libros, frascos, manijas de puertas, pomos de ducha, sillas, volantes, botones, tenedores y teclados.

Fue cuando estaba embarazada de nuestro primer hijo que mi esposo empezó a sufrir de un dolor crónico en ambos brazos debido a un trastorno nervioso. En un período de tiempo bastante corto, el dolor punzante y ardiente limitó enormemente lo que David podía hacer con sus brazos. “Es increíble lo mucho que necesitas tus brazos”, me comentó David una noche mientras estaba encorvada sobre mi barriga embarazada de nueve meses ayudándolo a ponerse sus calcetines y amarrarse los zapatos. En ese momento teníamos muy poca idea de lo que su enfermedad nerviosa significaría para nuestra vida cotidiana como padres. Han pasado casi ocho años desde que empezaron sus primeros dolores. A lo largo de los años ha tenido múltiples procedimientos quirúrgicos, y aún sigue sufriendo. David lo describe como una especie de “ruido de fondo”.

Un par de años atrás, David tuvo una infección que se convirtió en un gran furúnculo en la parte superior de los nervios en una de

sus manos. Según los médicos del hospital donde David fue tratado, los furúnculos son comunes en esta parte del Oriente Medio en que vivimos. Fueron muy cuidadosos en el tratamiento de su mano, tanto así que estuvo interno en el hospital durante tres días. Cuando fue dado de alta del hospital, me dijo con tono jocoso: “¿Qué se siente estar casada con Job?”. Fue bueno verlo sonreír a pesar de esta prueba. Me acordé de la declaración de fe de Job: “Aunque Él me mate, en Él esperaré” (Job 13:15 NBLH). Y me llenó de sobriedad la falta de fe de la esposa de Job, quien dijo: “¿Aún conservas tu integridad? Maldice a Dios y muérete” (Job 2:9 NBLH). El impacto de la piedad de mi esposo en medio de su sufrimiento ha sido una influencia clave en mi maternidad.

Aun en medio del dolor, veo evidencia abundante de la gracia de Dios obrando en nuestras vidas. Nuestras dificultades de cada día son oportunidades para testificar que “el gran amor del Señor nunca se acaba, y Su compasión jamás se agota” (Lam 3:22).

Quería compartir esa parte de mi vida contigo porque ha moldeado mi perspectiva sobre lo que significa tener “tus manos llenas” física y emocionalmente. Tener más trabajo físico del que había previsto para esta etapa de mi maternidad me obliga a depender del Señor para recibir de Él las fuerzas y la provisión que necesito. Estoy aprendiendo de primera mano que buscar refugio y fuerzas en el mundo me deja insatisfecha y débil. Dios ha usado las circunstancias físicas de nuestra familia para mostrarme la única gran circunstancia que es permanente en mi vida: el evangelio de Jesucristo. Estoy ansiosa por compartirte más acerca de esto y de cómo se relaciona con la maternidad.

Mis manos están llenas de trabajo arduo, ayudando a mi esposo y criando a nuestros cuatro hijos. Tus manos están llenas también, aunque tus circunstancias como madre sean diferentes a las mías. En nuestro trabajo transcultural hemos tenido el privilegio de viajar por

el mundo, y ahora vivimos en una ciudad global donde viven personas de más de cien nacionalidades. Hay madres de todo tipo, pero creo que la declaración es universalmente cierta: las manos de una madre siempre están llenas.

Pero, ¿llenas de qué?

A veces mi hijo juguetero me regala mocos o materia alimenticia no discernible que encuentra debajo de su silla alta. Mis niñas me dan notas crípticas hechas con sus bolígrafos de gel escarchado. Es parte de mi trabajo como madre aceptar estas ofrendas de amor con alegría (y a veces con jabón desinfectante para manos).

El viejo refrán es muy cierto: “El trabajo de una madre nunca termina”. Cuando las madres están cuidando a sus hijos, pueden estar cargándolos físicamente, recogiendo platos que hayan dejado por la casa, trabajando para ayudar con la provisión para sus hijos, separando a hermanos que estén peleando, pasando las páginas de un libro de cuentos, o pasando la aspiradora sobre restos de palomitas de maíz.

Las madres también tienen sus manos llenas con abrazos y palmaditas. Podría decirse que muchas veces al día (o en el transcurso de una hora), una madre podría también llevarse las manos a la cabeza en señal de frustración y alzar sus manos en oración mientras le pide a Dios que la ayude.

Ya sea que tus manos estén llenas de bendiciones o de dificultades, o de una combinación de ambas, la Palabra de Dios provee de aliento específico para ti.

Hay mucho que decir acerca del trabajo de una madre, aparte de que es difícil y que nunca termina. Hay belleza y sabiduría y dignidad dadas por Dios en el trabajo de una madre. Hablaré sobre algunas de estas cosas en este libro.

Pero lo que más deseo comunicar en estas pocas páginas es que las madres pueden apreciar una realidad aún mayor que su rol como madres. No importa de dónde seas ni cuáles sean tus circunstancias;

la mayor realidad que una madre puede apreciar y en la que puede descansar es la obra que Jesús ha hecho en la cruz a nuestro favor.

- » La obra purificadora de Jesús a través del sacrificio de sangre de Su propio cuerpo en la cruz es mayor que la avalancha de ropa sucia que tengas en casa.
- » La resurrección victoriosa de Jesús y Su triunfo sobre la muerte son mayores que el caos que se arma en tu casa cada mañana antes de salir.
- » El reinado soberano de Jesús sobre el cosmos y la esperanza de que Él someterá todas las cosas bajo Sus pies son mayores que los planes que has hecho para esta noche, que tu agenda apretada para el fin de semana, y que las ideas que tengas acerca del futuro de tus hijos.

Las manos de la madre cristiana están llenas de toda bendición espiritual en Cristo (Ef 1:3), y cada madre tiene el privilegio de participar en la obra de Dios de unir todas las cosas en Jesús (Ef 1:10) a través de la crianza de sus hijos en el temor del Señor. Este Jesús, a quien servimos con mucho gusto, ofrece descanso a las madres y llena nuestras manos de sus bendiciones. Día y noche, un momento a la vez, debemos escoger descansar en Jesús. Eso es lo que significa valorar a Cristo cuando tus manos están llenas, ya sea que tengas un hijo o una docena.

Una madre que ha nacido de nuevo a una esperanza viva por medio de la resurrección de Cristo tiene una herencia que es indestructible, incontaminada e inmarcitable, reservada en el cielo para ella (1P 1:3-4). Aunque las manos de una madre estén llenas de problemas, trabajo difícil y un futuro desconocido, ella está siendo guardada por el poder de Dios a través de la fe, para una salvación que se revelará en los últimos tiempos (1P 1:5). Por causa del evangelio, nosotras

podemos regocijarnos como madres al ver nuestras manos llenas de bendiciones en Jesús, porque todo lo que tenemos es por gracia. El teólogo Herman Bavinck dijo que gracias a que Jesús fue sacrificado en la cruz por nuestros pecados, “Dios puede liberar al mundo y a la humanidad del dominio del pecado y expandir Su reino”.¹ Estas son muy, *muy* buenas noticias.

Necesito que me recuerden estas noticias todo el tiempo, docenas de veces al día. Necesito recordatorios porque soy capaz de defender y de explicarle a otras madres una teología bíblica de la gracia de Dios, y aun así no vivir basada en la identidad y la esperanza que Dios me da.

LAS BUENAS NOTICIAS PARA CADA DÍA

Jonathan Edwards solía orar y pedirle a Dios: “Sella la eternidad en mis ojos”. Esta oración se ha convertido en la petición de mi propio corazón.

Cuando tus ojos están fijos en el horizonte de la eternidad, tu visión de la maternidad cambia. Necesitamos ojos que nos den una perspectiva tan grande y tan gloriosa de Dios, que transforme la forma en que vemos la maternidad. En el contexto de la eternidad, donde Cristo está ejerciendo Su obra de reinar sobre el cosmos, necesitamos ver nuestros momentos mundanos como lo que realmente son: adoración. En el trabajo diario (y nocturno) de la maternidad, cada vez que Él nos recuerda la esperanza que tenemos gracias a Su evangelio, Él nos invita a adorarlo. Mi oración es que veas que el evangelio es una buena noticia para las madres, no solo el día de nuestro “cumpleaños espiritual”, sino todos los días.

El ministerio del Espíritu Santo incluye alinear nuestras inseguridades subjetivas como madres con la realidad objetiva de nuestra seguridad eterna en Cristo. Como madres, necesitamos entrenarnos para enfocarnos en las cosas que son invisibles y eternas (2Co 4:18). En medio de nuestra lucha por mantener esta perspectiva, e incluso

cuando no logramos luchar, cediendo ante la tentación de la apatía, debemos ir a la Palabra de Dios y creerla, aun cuando no tengamos ganas. Necesitamos ser mujeres de la Palabra de Dios, cuya petición diaria sea: “Instrúyeme, Señor, en Tu camino para conducirme con fidelidad. Dame integridad de corazón para temer Tu nombre” (Sal 86:11). Al caminar en la verdad de Dios, también percibiremos las invitaciones del Espíritu a orar. Aunque fueron escritas para pastores, las palabras de Martyn Lloyd-Jones acerca de la oración son relevantes también para nosotras:

Siempre responde a cada impulso que tengas de orar... ¿De dónde viene? Es la obra del Espíritu Santo (Fil 2:12-13)... Así que nunca te resistas, no lo pospongas, no lo ignores porque estés ocupado... Tal llamado a la oración nunca debe ser considerado como una distracción; siempre responde a él inmediatamente, y dale gracias a Dios si te pasa con frecuencia.²

El trabajo de una madre es santo para el Señor.

Como madres, miramos a Jesús no solo como nuestro ejemplo; también vemos que Él es quien nos da el poder para amar a Dios y a nuestros hijos. Debido a que Cristo ha hecho por nosotras lo que nunca podríamos hacer por nosotras mismas, con *Su* poder podemos pedirle perdón a nuestros hijos cuando pecamos contra ellos, porque Dios nos ha perdonado en Cristo (Mt 6:12-15; Col 3:13). Con *Su* poder podemos humillarnos en nuestro trabajo como madres, porque nadie ha manifestado más humildad que nuestro Redentor cuando renunció a Su derecho de quedarse en el cielo, y murió la muerte que nosotras merecemos (Fil 2:3-8). Con *Su* poder podemos servir a nuestra familia con amor sacrificial, porque el Hijo se sometió gustosamente a la voluntad del Padre (Jn 5:20, 23; 14:30-31). Y aun cuando no amamos como Él ama, Él es nuestra justicia. Jesús ha hecho por

nosotras lo que nunca podríamos hacer por nosotras mismas. Jesús es nuestra ancla, y nos ha anclado en Su amor; nada, nada, *nada* nos separará del amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor (Ro 8:39).

El evangelio está por encima y más allá de todas las filosofías más prácticas, familiares o rentables de la maternidad. Las buenas noticias de Jesucristo son superiores a nuestras listas de tareas y al trofeo metafórico a la “madre del año”. Esto se debe a que el mayor problema de una madre no es la falta de creatividad, logros o habilidades, sino su incapacidad para amar a Dios y a los demás como Jesús la ama (Jn 13:34). Sin un mediador que interceda por nosotras, nuestro pecado seguramente nos separará de nuestro Dios santo, ahora y por siempre (Ro 3:23). Si esa idea nunca te ha alarmado y llevado hasta la cruz de Jesucristo, entonces te animo a que por favor sigas leyendo.

Atesorando a Cristo cuando tus manos están llenas no es una lista de tareas para llegar a ser una buena madre. Se trata de nuestro buen Dios y de lo que Él ha hecho. La gracia irresistible de Dios une nuestro corazón errante con el Suyo y nos libera para amarlo a Él y a nuestros prójimos. Fuimos rescatadas del pecado y de la muerte, y hemos recibido la vida eterna por la preciosa sangre de Cristo (1P 1:18-19). Y gracias a la obra de Cristo en la cruz, podemos reflejar el amor de Dios en nuestros hogares y en el mundo, aunque nuestras manos estén llenas (Gá 5:16-26, Ef 4:17 – 6:8).

Aunque no me atreva a ofrecerles consejos sabios para ser mejores madres (mi hija mayor todavía está en la escuela primaria), la aplicación del evangelio a la maternidad es algo sumamente práctico. Mantuve una nota en mi escritorio mientras escribía estas páginas. La nota dice: “Resiste el impulso de reducir la Palabra de Dios a buenos consejos para vivir bien: dales el evangelio”.³ Los consejos prácticos basados en la Biblia nunca salvaron el alma de nadie de la destrucción ni nos ayudan a tener una perspectiva eterna de lo mundano. Es Jesús quien salva, y el fruto del Espíritu es mucho más dulce que las flores

infructuosas de una mera vida moral. Dios nos transforma de adentro hacia afuera. El puritano Jeremiah Burroughs lo expresó muy bien: “El contentamiento es algo dulce que viene del corazón. Es una obra interna del Espíritu”.⁴

Puede que las circunstancias de tu maternidad sean difíciles, problemáticas y confusas. Aun así, hay una circunstancia que sobrepasa todas las complejidades de tu vida. Es la simple verdad de que la única gran circunstancia permanente en la que vives es que, si estás unida a Cristo por gracia mediante la fe, se te ha permitido caminar en novedad de vida. Nuestro gozo no debe estar basado en la maternidad, sino solo en Dios. Todas debemos dejar que el Espíritu haga Su “obra interna” y maravillarnos cuando veamos que el Señor está cultivando ese dulce contentamiento interior en nuestro corazón, a medida que aprendemos a confiar en Él.

Tal vez te despertaste antes que el sol esta mañana para disfrutar de una dulce comunión con el Señor y hacer algo de trabajo, y ahora te parece que el día nunca terminará. Te entiendo. No sé cuántas veces me he preguntado: “¿Ya es hora de acostarse?”. En días como estos, tenemos que recordar que cada día es como un suspiro que es demasiado breve para medirlo, pero que está lleno de significado eterno. Y en este breve suspiro de un día ordinario, el Espíritu Santo estalla y hace que el amor de Dios en Cristo se desborde en nuestros corazones. Esto es asombroso. Jesús nos invita a algo mucho más firme e indestructible que el marcador permanente de color púrpura que tu hijo usó para decorar los gabinetes blancos de tu cocina. Por Su amor, Jesús nos invita a que vayamos hacia Él. Él dice en Juan 15:9: “Así como el Padre me ha amado a Mí, también Yo los he amado a ustedes. Permanezcan en Mi amor”.

Es mi oración que lo que encuentres en este libro te ayude a atesorar a Cristo, pues Él ha llenado tus manos con la buena obra de la maternidad. Yo también necesito recordar estas cosas, así que estas

meditaciones acerca del evangelio también podrían ser una larga “nota a mí misma”. Pidámosle a Dios que, por Su gracia, refresque nuestros corazones y renueve nuestras mentes por medio de Su Palabra y Su Espíritu, para que nos maravillemos con “las obras maravillosas de Aquel que [nos] llamó de las tinieblas a Su luz admirable”(1P 2:9).

PARTE 1

DIOS HIZO
LA MATERNIDAD
PARA SÍ MISMO



MANOS LLENAS DE BENDICIONES

Hace unos años, nuestra familia tuvo la bendición de vivir en los dormitorios de una villa que albergaba las oficinas de nuestra iglesia y otros espacios comunitarios. En la planta baja siempre tenían alguna actividad, ya fuera el grupo de jóvenes, un estudio bíblico o alguna comida fraternal internacional.

A pesar de que había gente entrando y saliendo de nuestra casa todo el tiempo, a veces me daba fobia de estar encerrada. Simplemente me daban ganas de salir de casa.

Afortunadamente, vivíamos cerca de un gran centro comercial, así que podía salir de casa (y evitar el calor del desierto). A veces recogía a los niños y los llevaba a ver las vitrinas de las tiendas, y lo convertía en una experiencia educativa. “¿Cuántos platos ves encima de esta mesa de exhibición?”. “Inventémonos una historia sobre esos modelos que llevan los abrigos de invierno”. “A ver quién es el primero que encuentre el vestido más barato en esta vitrina”.

Cuando llevo a mis hijos a un lugar público como el centro comercial, me convierto en una especie de pastora de gatos. (¿Los gatos se pueden pastorear?). “Quédate aquí con mamá”. “¡No toques eso!”. “¿De dónde sacaste eso? No te lo llesves a la boca”. “No se

aruñen; agárrense de las manos suavemente”. “Vamos, chicos; sigan caminando”.

En una ocasión estaba acomodando a mis chicos en una de las mesas del comedor de un centro comercial, cuando una mujer encantadora se sentó a nuestro lado.

Podríamos decir que donde vivimos prácticamente no hay “extraños”, y que la hospitalidad aquí es impecable. La hospitalidad se extiende más allá de la sala de estar, pues la gente se involucra alegremente en la vida de los demás durante el día. Su sentido de comunidad se extiende mucho más allá de sus amigos personales. Aquí el adagio africano “Se necesita un pueblo para criar a un niño” no es solo un dicho, sino una realidad normativa y que es honrada. A veces parece que el simple hecho de compartir el espacio de la fila para usar el cajero automático es suficiente como para crear ese sentido de comunidad entre las personas.

“¡Tienes las manos llenas!”, dijo sonriente nuestra compañera de almuerzo, mientras acariciaba los rizos rubios de mi hija menor. “¡Qué hermosa! *Mashallah*” (que significa “Dios la bendiga” en árabe).

Solía molestarme cuando me decían que mis manos estaban llenas.

Debido a que soy acomplejada e insegura, veía estos comentarios como una afrenta a mi capacidad de criar bien a mis hijos. Asumía que las personas que me decían esto estaban insinuando que mis hijos no tenían buenos modales y que yo no tenía ni idea de cómo criarlos, que mis manos estaban llenas porque no tenía mi maternidad bajo control. Cuando escuchaba este comentario, me ponía a la defensiva y respondía con arrogancia (y a veces sigue siendo una tentación para mí).

Ahora cada vez que alguien me dice que tengo las manos llenas, estoy de acuerdo con ellos por dos razones. Primero, porque noventa y nueve veces de cada cien, la gente quiere decir *literalmente* que tengo las manos llenas.

“Déjame ayudarte con eso”. La amable mujer se levantó para tomar la bandeja que yo estaba sosteniendo mientras intentaba tirar del cochecito del bebé con mi tobillo para acercarlo a la mesa.

En segundo lugar, estoy de acuerdo con la gente que dice que mis manos están llenas porque mis manos no solo están llenas. Están *repletas* —de bendiciones.

Cuando la gente me dice que mis manos están llenas, es un buen momento para recordar que es cierto. “¡Sí! ¡Mis manos están repletas con los dones de Dios!”.

La abundancia de dones que Dios me ha dado a través de la maternidad no es cuantificable por el número de niños que tengo o lo hermosos que sean para mí. Los dones que Dios le ha dado a las madres no pueden ser contenidos ni cuantificados por sus hijos.

TODA MADRE TIENE LAS MANOS LLENAS

La maternidad viene con problemas reales, con mucho desaliento y con trabajo que es verdaderamente duro. Decir: “Ser madre no es fácil”, es como decir: “El chocolate es delicioso”. Es obvio. Basta con ver a una mamá con nueve meses de embarazo intentar salir de un coche sin desgarrarse algún músculo en el intento. Basta con escuchar a una madre compartir las luchas que hay en su corazón mientras espera que le entreguen ese niño que va a adoptar. O pídele a una madre que te diga sus peticiones de oración. Ser madre no es fácil.

Pero a veces las madres sienten que sus manos están llenas de inconvenientes, trabajo ingrato y futilidad. Mantener la perspectiva de que Dios te ha bendecido en abundancia es una lucha muy real. La lucha por la fe no puede ser llevada a cabo con la caprichosa idea de que solo tienes que ver “el vaso medio lleno”. La lucha por la fe debe ser enfrentada con sensibilidad y gracia, y siempre debe estar sometida a la inerrancia y la autoridad de la Palabra de Dios.

Sé que las luchas, las decepciones y el dolor en la maternidad son temas importantes, así que es con toda seriedad y sinceridad que me recuerdo a mí misma lo que el apóstol Pedro dice en 1 Pedro 1:3-5: “He nacido de nuevo a una esperanza viva por medio de la resurrección de Cristo, y tengo una herencia que es indestructible, incontaminada e inmarchitable, guardada en el cielo para mí. Aun cuando mi vida esté llena de angustias y victorias triunfantes, preguntas y esperanzas, estoy siendo guardada por el poder de Dios a través de la fe para una salvación que se revelará en los últimos tiempos”. Predicarme el evangelio a mí misma cada día es la mejor manera de recordar que mi vida en Cristo es *la* realidad imperante y permanente en mi vida. El Espíritu Santo que mora en mi interior consuela mi alma con las verdades de la Palabra de Dios.

Cuando Jesús me rescató del infierno, también me rescató para Sí mismo. He sido librada de una eternidad en la que sufriría el castigo que merezco, y se me ha otorgado vida eterna junto a mi Salvador. Él tomó aquella copa, completamente llena de la ira de Dios contra el pecado, y se bebió hasta la última gota. Pero no me devolvió una copa vacía (que en sí habría sido una misericordia con un valor indescriptible).⁵ La Biblia dice que mi vaso no solo está medio lleno. Por la obra de Jesús, nuestra copa está rebosando de las tantas bendiciones de Dios (Sal 23:5).

Sé que probablemente no me libraré del próximo pañal que ensucie el suelo de mi coche mientras esté atrapada en el tráfico con niños quejosos que solo quieren salir y jugar. Pero el evangelio me libra de tener que responder a esos problemas tal y como mi carne pecaminosa preferiría. Más bien, soy fortalecida por Su gracia porque sé que en esas ocasiones en que *sí* responda pecaminosamente, Dios ve la justicia de Jesucristo que ha sido imputada a mi cuenta. Por causa del evangelio también puedo ver las buenas intenciones de Dios de cumplir Sus promesas de hacer que me parezca más a Cristo y acercarme

más a Él. Estas son solo algunas de las maneras en que aplicamos el evangelio en nuestras vidas cotidianas como madres.

¿De qué maneras el evangelio de Jesucristo impacta tu vida de forma significativa cuando tu realidad temporal parece resumirse básicamente a cosas mundanas, como pañales sucios y rabetas en el supermercado?

Cualquier persona puede aconsejarte sobre cómo lidiar con estas cosas prácticas y tangibles. Por ejemplo, alguien podría sugerirte que compres un poncho y que lo uses hasta que tus hijos estén en la secundaria. Para controlar tus rabetas públicas, tal vez podrías entrar en un armario y hacerlas en privado. ¿Oh? ¿Creías que me refería a la rabetita *de tu hijo* en el supermercado? Bueno, ¡ese es otro tema!

Ya sea que tu primer hijo esté recién concebido en tu vientre, o que te hayan aprobado para una adopción, desde ya puedes probar la bondad de Dios para ti en la maternidad.

Cuando *no* veo la maternidad como un don de Dios para santificarme, sino como un rol con tareas que se interponen en mi camino, estoy perdiéndome de uno de los medios ordenados por Dios para mi crecimiento espiritual. No solo eso, sino que no estoy *disfrutando a Dios*. Ninguna cantidad de angustia maternal puede compararse a la miseria que proviene de una vida desprovista de la presencia reconfortante, alentadora, protectora, proveedora y satisfactoria de nuestro Dios santo.

Quiero para mí misma lo que Pablo quiso para sus amados filipenses: “Pongan en práctica lo que de mí han aprendido, recibido y oído, y lo que han visto en mí, y el Dios de paz estará con ustedes” (Fil 4:9). Quiero que la paz de Dios reine sobre mi maternidad.

Quiero para mí misma lo que el escritor de Hebreos quiso para sus lectores: “Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb 12:14). Quiero vivir cada día de la manera en que recibí a Cristo, es decir, por gracia mediante la fe. Necesito

quitarme el ropaje de la vieja naturaleza, ser renovada en la actitud de mi mente, y ponerme el ropaje de la nueva naturaleza, creada a la imagen de Dios, en verdadera justicia y santidad (Ef 4:20-24). John Owen comentó lo siguiente acerca del papel del evangelio en esta búsqueda: “¿Qué es entonces la santidad? La santidad no es otra cosa que la implantación, la escritura y la vivencia del evangelio en nuestras almas (Ef 4:24)”.⁶

Por supuesto que esta vida de fe, infundida por la gracia, cambia drásticamente la manera en que crío a mis hijos, pero más aún, mantiene mi mirada fija en Dios. Podría decirse que el mandamiento más amoroso de la Biblia es este:

¡Súbete a un monte alto, mensajera de Sión! ¡Levanta con fuerza tu voz, mensajera de Jerusalén! ¡Levántala sin miedo y di a las ciudades de Judá: ‘*¡Vean aquí a su Dios!*’. (Is 40:9 RVC)

Quiero ser contada entre aquellos que “verán al Señor”. ¡Quiero contemplar a mi Dios!

DONES CON UN PROPÓSITO SANTO

Los dones que Dios nos da sirven para este santo propósito: llevarnos a alabar al Dador de esos dones. Si disfrutas el don de tus hijos y el don de tu maternidad, pero tu gozo se limita a esos dones, entonces no has entendido el punto de esos dones.

El don de la maternidad sirve para que las madres lleguen a atesorar a Jesucristo a medida que Él nos va transformando de adentro hacia afuera.

Ese es el tema que voy a tratar en este libro. En el caso de que estés demasiado ocupada para leer el resto (¡sé lo que es eso!), la esencia de mi tesis es la siguiente:

Por causa del evangelio —la noticia sobre lo que Jesús hizo en la cruz para salvar a pecadores— las madres que hacen de Cristo su tesoro pueden regocijarse en su trabajo a medida que Dios obre en ellas.

Por causa de Jesús, todo lo que un cristiano recibe es gracia sobre gracia sobre gracia. Por la gracia de Dios, nuestras manos están llenas hasta desbordarse con Sus riquezas en Cristo Jesús. Estas riquezas incluyen el fruto del Espíritu Santo: amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio (Gá 5:22-23). Las madres “que son de Cristo Jesús han crucificado la naturaleza pecaminosa, con sus pasiones y deseos” (Gá 5:24). Las madres que viven por el Espíritu Santo también deben andar guiadas por Él (Gá 5:25). Así que, tal y como nos exhorta Pablo: “No dejemos que la vanidad nos lleve a irritarnos y a envidiarnos unos a otros” (Gá 5:26). En lugar de esto, debemos perseguir la paz unos con otros y edificarnos unos a otros en nuestra santísima fe. Pero incluso estas manifestaciones del fruto del Espíritu no son un fin en sí mismas. Cuando Dios hace Su obra de santificación, lo hace con un fin en mente: nuestra glorificación junto a Cristo Jesús.

Lee Romanos 8:12-17 pensando en ti misma.

“Por tanto, [pon tu nombre aquí]...”

Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la naturaleza pecaminosa. Porque si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!”. El Espíritu mismo le

asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con Él, también tendremos parte con Él en Su gloria.

Sí, madre, tus manos están llenas, literalmente. Y tus manos están llenas hasta rebosar de gracia, y esto se lo debes a Aquel que extendió Sus manos en la cruz por amor a ti.

DIOS MUESTRA SU OBRA A TRAVÉS DEL INSTINTO MATERNAL

“¿Se está comiendo a su bebé?”.

Mi hija gritaba horrorizada mientras veíamos un programa de televisión sobre animales. El narrador explicó muy tranquilamente que cuando las madres de ciertas especies de animales se sienten amenazadas, se comen a sus crías.

Yo consolé a mi hija, diciéndole: “No te preocupes, cariño. Nunca te comería. A pesar de que los deditos de tus pies se ven tan *sabrosos*”. Los gritos continuaron mientras fingía comerme los dedos de sus pies.

LA MAMÁ OSA

Siento que soy capaz de levantar un autobús con tal de proteger a mi descendencia, pero si me pides que le dé a uno de ellos mi batido de plátano, realmente tendría que pensarlo. El instinto de una madre para cuidar de su hijo es algo curioso. No creo que alguna vez me olvide de aquel incidente en el que mi segunda hija, que era una bebé, se perdió en medio de una multitud agitada por 30 segundos.

Estábamos en una multitud de unas miles de personas a las que se les prohibió entrar a una estación de metro después de un espectáculo de fuegos artificiales en la inauguración del *Burj Khalifa*, el

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro *Atesorando a Cristo*
cuando tus manos están llenas.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2018 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!